



### *San Isidoro de Sevilla (556-636)*

**P**adre de la Iglesia, creador de las escuelas catedralicias y máximo impulsor de la cultura medieval, san Isidoro de

Sevilla es el español más importante de toda la era que transcurre entre la caída de Roma y la invasión musulmana de la Península. Las esculturas de Salzillo nos lo presentan como un bello joven; el pintor Murillo, como un sabio leyendo sosegadamente las Sagradas Escrituras. Pero hay una imagen que resume mucho mejor el significado de su existencia. Una leyenda que se remonta a su juventud, cuando su nombre aún no había rebasado las fronteras de Sevilla. Cuenta esa leyenda que, angustiado por la duda de si los hombres podrían alguna vez abandonar el camino del mal, san Isidoro se acercó a un pozo para saciar la sed. Al sacar el agua vio cómo las cuerdas habían horadado la piedra hasta marcar su forma en ella. La visión impactó de tal manera en el espíritu de san Isidoro que regresó corriendo a su biblioteca para indagar, en los viejos manuscritos, la mejor manera de cincelar la mente y el alma de su pueblo.

Hijo de un hispanorromano y una visigoda de alta cuna, san Isidoro nació en medio de la persecución y el exilio. Su familia huyó de Cartagena tras la invasión bizantina y se instaló en Sevilla. Allí se crio y creció. Allí se formó intelectualmente. Y allí, en los tiempos del rey Leovigildo, fue testigo de la renuncia a la fe arriana del rebelde Hermenegildo, decisión en la que tuvo un papel fundamental su hermano mayor, san Leandro, obispo de Sevilla y, tras el perdón real, maestro y consejero del príncipe Recaredo.

Justiniano, el gran emperador bizantino, dejó grabado en su código que las mayores bendiciones concedidas al hombre por la gracia suprema de Dios son el sacerdocio y la monarquía, puesto que juntos cuidan de los asuntos divinos y humanos, y ambas instituciones, que provienen de una misma fuente, embellecen la vida de los hombres. San Isidoro, que, como san Agustín o Boecio, se metió hasta los codos en los asuntos del mundo, participó decididamente de este pensamiento, poniendo toda su inteligencia al servicio de la gran cuestión que dominó la política europea hasta el fin de la Edad Media: la relación entre la Iglesia y el Estado. El obispo de Sevilla defendió la unión del altar y el trono, fórmula que permitía alejar el fantasma del vacío de poder, brindó a la



monarquía visigoda el respaldo ideológico de la Iglesia y otorgó a esta una decisiva participación en la vida pública del reino, especialmente a través de los concilios de Toledo.

Consecuente con sus escritos, san Isidoro ayudó a su hermano en la conversión de la casa real visigoda al catolicismo y, cuando sucedió a san Leandro como obispo de Sevilla, jugó un papel fundamental en los asuntos del reino, llegando a crear el sistema político que estaría vigente, con breves interrupciones, durante todo el siglo VII. Pero ni los concilios toledanos ni las obligaciones propias de un pastor de la Iglesia le apartaron de la vieja afición que, desde que era un muchacho en Sevilla, cultivó con tesón como si se tratara de un deber ineludible: proteger frente al olvido el saber de los antiguos.

Reunir, conservar, difundir... fue, en efecto, su gran pasión intelectual. Y nadie como él ejemplifica el empeño por conservar la tradición cultural heredada de Roma. No hay que olvidar que en su tiempo ya no existía el Imperio Romano de Occidente. Cientos, miles de manuscritos se habían perdido para siempre, las ciudades se habían despoblado tras las invasiones germanas, los copistas de los monasterios se afanaban, principalmente, en reproducir textos litúrgicos, y en Europa solo quedaban pequeñas islas de saber, como Sevilla hacia el año 600.

La cultura occidental, a partir de la caída del Imperio romano, fue una cultura salvada del peligro de la desaparición. Y un momento estelar en el proceso de ese rescate son las obras de san Isidoro, especialmente sus *Orígenes e Etimologías*: una obra clave de la cultura europea, la primera que valora abiertamente la necesidad de una lectura de los autores clásicos, no un libro, sino una verdadera biblioteca, un mapa del saber que desborda las inquietudes de su época —historia, teología, ciencias naturales, derecho, retórica, matemáticas, música, medicina...— y en cuyas páginas resuena, a menudo, el eco de los tiempos imperiales a través de la voz de Cicerón, Séneca, Suetonio, Tácito... Resumiendo, una semilla prodigiosa que, cultivada en Aquisgrán por Alcuino de York un siglo después, influyó decisivamente en el renacimiento